

Los campesinos, las migraciones y la política.*

Eric J. Hobsbawm

(*) Original inglés: "Peasants and rural Migrants in Politics," en *The Politics of Conformity in Latin America*, ed. by Claudio Véliz; Oxford University Press, 1967.

La historia económica de América Latina es una historia de respuestas productivas —agrarias y mineras— a las demandas de países-mercado fabriles de constitución disímil: dos evoluciones diferentes dentro de un único sistema (capitalista) de rango mundial, en función del cual es que emerge esta parte del mundo y rompe con su evolución autóctona anterior.

Estas respuestas están, desde luego, enclavadas en marcos regionales específicos, condicionadas por situaciones individuales —geografía, población, etc.—, y afectadas por circunstancias dependientes de cuál ha sido en cada momento el país-mercado principal (o único), del carácter mediato o inmediato de las relaciones con éste, del tipo de materias primas cada vez requeridas, etc.

Se trata, entonces, de una pertenencia inicial y de una ubicación permanente dentro de una economía de mercado mundial, que no puede en rigor ser referida a una época o momento determinados (finales del siglo XIX y principios del XX en Hobsbawm), y que se ha traducido en una continuidad entre el período colonial y el período neocolonial.

Dentro de estas circunstancias, el latinoamericano ha ido haciendo su propia historia. El lugar del hombre de campo como hacedor, también, de esa historia, tiene rasgos peculiarísimos y sigue una trayectoria no siempre fácil de rastrear.

A partir de los años de 1930 tiene lugar su inclusión —no ya masiva o sensible, por cuanto de hecho lo era antes así, sino una inclusión evidente y cada vez menos indirecta— en la política cotidiana de cada país. Y es aquí donde toma Hobsbawm el análisis de la localización del hombre de campo latinoamericano en el paisaje político continental.

Hacerlo no hubiese sido quehacer novedoso entre los estudiosos de la complejidad latinoamericana. Pero Hobsbawm logra en su análisis una vinculación excepcionalmente dinámica entre los elementos de las masas campesinas y el acontecer político: sigue al hombre de campo en sus migraciones y desplazamientos, le localiza en las regiones fronterizas selváticas o en zonas de coexistencia física de haciendas capitalistas y comunidades indígenas; le busca en su condición de “futu-

ro kulak” o en su anonimato de asalariado rural... para encontrarlo en Brasil, Colombia o Perú en su sensibilidad receptiva —o en su carencia de ella— al abordaje político de un personaje local, de un caudillo nacional o de un movimiento de izquierda supuesta o real. Le ubica con detalle en la Violencia colombiana, y a grandes rasgos en las revoluciones distintas de Cuba y de Bolivia. Y lo reencontra —ahora como recién llegado habitante de un barrio marginal— en la heterogeneidad ocupacional de Sao Paulo, Santiago de Chile o Bogotá, influyendo pesadamente con su peculiar sicología en el desplome del sistema de organización y trabajo del movimiento obrero o sindical, en la vigencia de una nueva versión de caudillismo, o en la actuación de un líder político nacional: desde Odria hasta Prestes, desde Quadros hasta Gaitán.

Es en este enfoque dinámico y englobador donde radica el considerable valor del trabajo de Hobsbawm —de quien, por demás, son conocidas su profundidad y seriedad a través de una copiosa e importante labor de investigación. No es un análisis exhaustivo de los diversos ele-

mentos y factores que conforman las circunstancias sociales — y por lo tanto, políticas— de América Latina. Es, más bien, una localización de los mismos, y el autor pone un marcado interés en no excluir aquéllos — frecuentemente dejados a un lado— que trascienden lo económico, y mostrar, en sus múltiples e indeseables aspectos, la imagen integral de un latinoamericano que reivindica la destrucción de un subdesarrollo que vicia y enaniza cada faceta de la vida cultural, intelectual, espiritual.

El trabajo de Hobsbawm, quizá por abarcar condensadamente tan amplio campo, tiende a buscar el rasgo nacional o continental, la presencia difundida, el carácter de conjunto. Y es quizá por ello que el lector notará la falta de un análisis de la existencia de focos guerrilleros en la realidad rural (social) latinoamericana, de esa sorda y

potente necesidad y ansia de cambio radical que se expresa en acción y va más allá de “el descontento y la inquietud crecientes del campesinado latinoamericano, [que] no han encontrado una expresión a la altura de su importancia; excepto, quizá, en la incontenible avalancha de migrantes rurales que han votado con sus pies contra el status quo, yendo a los barrios miserables de las ciudades”.

Esta inquietud es realmente un sacudimiento desde lo profundo; es, también, una avalancha que rompe la superficie de esa “aparente (y sólo aparente) disminución de la temperatura social” que Hobsbawm recoge, para salir a la superficie del devenir político latinoamericano, y cuya posibilidad, inminencia e inevitabilidad la valiosa investigación de Hobsbawm contribuye, sin embargo, eficazmente, a explicar.

La Reducción

I

Para el historiador económico y social, y para el estudioso de la política contemporánea, las fechas cruciales de la historia de América Latina no corresponden al primer cuarto del siglo XIX, cuando la mayor parte del continente se hizo independiente de España y Portugal, ya que ello no alteró sustancialmente su estructura económica y social. Corresponden a los finales del siglo XIX,

cuando estos países hicieron su entrada en la economía mundial desempeñando su hoy conocido papel de exportadores masivos de determinados productos primarios, y cuyos balances de pago dependían, principalmente, de dicha exportación. Esta fase se prolongó hasta 1930, cuando los monocultivos simples de exportación —hasta entonces en expansión— se desplomaron, y cayeron en crisis —si bien conservando la orientación fundamental— las sociedades que en ellos se asentaban. A mediados de la década de 1950 todos los estados latinoamericanos (menos tres: México, Perú y Paraguay) contaban con uno, o cuando más dos, de los siguientes productos, para más del 50% de sus exportaciones: café, bananos, azúcar, algodón, carne, cereales, lana, cobre, estaño y petróleo. Ocho de ellos contaban con café y bananos, y dos más contaban con café, y azúcar o algodón. Sin embargo, antes de las últimas décadas del siglo XIX la cosecha de bananos era económicamente despreciable y la frase “república bananera” hubiese carecido de sentido. En realidad, ya Brasil y café habían comenzado a ser sinónimos desde mediados de siglo, pero el período de máximo crecimiento (casi se triplicó la producción) corresponde a la década de 1890 y fue sólo entonces que café se convirtió en sinónimo no solamente de Brasil, sino también de Sao Paulo, que hasta entonces estaba muy por detrás de Río y Bahía. (En Colombia, conocida hoy como el segundo productor de café del mundo, la cosecha era insignificante antes de la década de 1870). La producción cubana de azúcar presenta un patrón similar. La participación de la isla en la producción mundial era enorme, pero fue el incremento aun mayor de la demanda mundial lo que multiplicó su producción, particularmente a principios del siglo XX, y fomentó el cultivo de nuevas áreas.

En una palabra: antes de las últimas décadas del siglo pasado, una gran parte de las zonas rurales de América Latina no estaba seriamente orientada hacia el mercado mundial, ni muchas veces hacia cosa alguna que no fuese el mercado puramente local. Otra parte descansaba en renglones decadentes y más antiguos (como el azúcar en el nordeste brasileño) o en productos que disfrutaban de un boom temporal. Grandes zonas que hoy asociamos a los productos característicos de cada país, como las provincias cubanas de

Oriente y Camagüey, tenían una complejidad económica muy diferente de la actual.¹ De acuerdo con las normas modernas, la mayor parte de las regiones de América Latina no constituían siquiera economías coloniales o semicoloniales, sino que eran, simplemente, zonas subdesarrolladas.

Hoy también concebimos a América Latina como un continente de urbanización acelerada y ciudades inmensas. Y sin embargo, aunque la vieja sociedad colonial estimulaba el desarrollo de las capitales y los puertos de exportación, su tamaño era modesto según las normas modernas y estaban aislados, tanto social como demográficamente, del interior del país. En 1872 Salvador-Bahía no tenía mucho más de 100,000 habitantes, e incluso los gigantes metropolitanos —Río y Buenos Aires— estaban todavía bajo control y no pasaban quizá de un medio y un cuarto de millón, respectivamente.² El auge de la economía internacional de exportación dio a la urbanización un impulso potente, aunque selectivo. Salvador, por ejemplo, creció bastante rápidamente, para después mantenerse estático, en menos de 300,000 habitantes, de 1920 a 1940; mientras que Recife se mantuvo bastante estático hasta 1900, en unos 100,000 habitantes, y después comenzó a crecer con bastante rapidez hasta alcanzar al puerto sureño en 1940. Desde luego, el crecimiento de otras ciudades fue mucho más dramático, especialmente en la parte meridional templada del continente. Buenos Aires había alcanzado los dos millones en 1930; Sao Paulo —población provincial de unos 25,000 habitantes en 1874— ya era una ciudad de 600,000 en 1920. No obstante, según las normas de los últimos 25 años, aun estos impresionantes ejemplos de urbanización —o quizá más bien de concentración metropolitana— parecen comparativamente modestos. Es más, en algunos casos (de modo muy patente Buenos Aires, pero también en cierto grado Sao Paulo, estado que recibió millón y medio de inmigrantes de ultramar entre 1886 y 1936) el crecimiento urbano se debió en mucho a la afluencia extranjera. La separación esencial entre ciudad y campo se mantuvo mientras la afluencia de las migraciones internas fue lo suficientemente moderada como para permitir la rápida asimilación de los recién llegados, dentro del viejo marco urbano. Allí donde hubo inmigración extranjera esta separación puede

incluso haberse acentuado, como en el caso de Buenos Aires, donde las migraciones en masa de europeos redujeron el porcentaje de inmigrantes nacionales desde finales del siglo XIX.³

El auge de la economía de exportación estaba llamado a tener efectos del más amplio alcance en la sociedad y la política del continente. Sin embargo, mientras tuvo la forma de una expansión acelerada, aunque fluctuante, hacia mercados norteamericanos y europeos aparentemente ilimitados, el alcance total de estos efectos no podría realizarse en toda su amplitud. Eran en gran medida absorbidos y asimilados por los sistemas sociales y políticos existentes en las repúblicas latinoamericanas, dominados por los directores tradicionales de su política: los propietarios latifundistas, y los intereses creados de los gobiernos y del comercio de exportación e importación de las capitales y los puertos.⁴ En los sectores urbanos y no agrícolas el cambio fue verdaderamente visible, especialmente en la parte más meridional de América del Sur (Argentina, Chile, Uruguay y el sur brasileño), donde el desarrollo económico fue más rápido. En el centro y sur de México los efectos de la nueva economía agraria ya tenían fuerza suficiente como para crear una situación revolucionaria, debido a que en estas regiones la nueva hacienda, orientada hacia el mercado, no fue meramente una adaptación de una antigua economía latifundiaria ya existente, sino que su expansión se llevó a cabo directamente a expensas de una densa población india que vivía en comunidades aldeanas autónomas.⁵ Pero, en conjunto, el cambio se mantenía bajo la superficie política y social. Lo que lo precipitó fue la depresión de 1929, es decir, el colapso súbito y casi total de los mercados mundiales con que América Latina contaba.

El efecto inmediato fue el de producir una crisis de alcance continental en las finanzas de los gobiernos, y las consiguientes crisis políticas. Pacíficamente o mediante golpes militares, cayeron los regímenes de Argentina, Brasil, Chile, Ecuador, Perú, Bolivia, Colombia, República Dominicana y, un poco después, Cuba. Esta crisis de corta duración hubiese sin embargo tenido un interés casi exclusivamente local, de no haber indicado un cambio más profundo y duradero en los asuntos del continente. Es verdad que

todavía no habían sido alteradas en lo fundamental ni la base de tantas economías latinoamericanas —el monocultivo de exportación— ni la base de tantas estructuras sociales y de tantas políticas latinoamericanas —las oligarquías basadas en los latifundios, en el comercio de importación y exportación, y en el gobierno. Pero tampoco regresaron a la antigua situación. La economía de exportaciones masivas de productos primarios y de libre importación de capitales y mercancías ya no funcionaba automáticamente. La una tenía que ser apuntalada manejando la otra, y tras las barreras temporales de restricción y control fueron creciendo nuevos intereses económicos y políticos, en particular los de los industriales latinoamericanos que abastecían, esencialmente, el mercado nativo. El centro de gravedad cambió de países: los principales beneficiarios de la era del imperialismo liberal (o sea, de hegemonía británica) —Argentina, Chile y Uruguay— pasaron de una época de expansión y prosperidad a una de estancamiento e incertidumbre de la que no se han recuperado por entero; mientras que empezaron a abrirse camino economías más pobres, menos avanzadas, pero históricamente menos especializadas, como las del Brasil y México. Pero por sobre todo lo demás, las masas de latinoamericanos comunes empezaron a entrar —y en su momento a dominar— en la política de sus respectivos países. Antes de 1930 puede no tenerseles en cuenta en ninguna parte, excepto en México y (en la forma algo especializada de los Partidos Radicales “de hombres pequeños”, que siguen los modelos de la Europa latina) en el extremo meridional de América del Sur. Después de 1930, incluso el tradicional *caudillo* latinoamericano cobra a menudo un matiz de desacostumbrada demagogia: la plaza llegó a ser tan importante como el *cuartel*.

“En 1930 concluyó la Edad Media.” La frase, de un inteligente observador brasileño, tiene un significado no sólo local, a pesar de que los cambios más radicales y notables no comenzaron a hacerse sentir sino hasta los años de 1940 y 1950. El tema de este artículo lo constituye la irrupción de la masa de latinoamericanos comunes —es decir, latinoamericanos pobres, o no blancos, o ambos— en la política de sus países.

II

El grueso de ese contingente que irrumpía estaba formado por hombres de campo, ya que en 1930 la población de las ciudades constituía tan sólo una modesta minoría en todos los países excepto Argentina, Chile, Uruguay y Cuba:

Porcentaje de la población urbana (en centros de más de 20,000 habitantes) en países seleccionados de América Latina

<i>País</i>	<i>Año</i>	<i>%</i>	<i>País</i>	<i>Año</i>	<i>%</i>
Argentina	(c. 1930*)	c. 45	Cuba	1931	30
Brasil	1940	17	Perú	1940	19
Chile	1930	36	Venezuela	1936	14
Colombia	1938	15			

* Suponiendo un crecimiento uniforme entre los censos de 1914 y 1947.

Fuente: P. M. Hauser, ed., **Urbanization in Latin America** (Unesco, 1961), ps. 98-99.

Como la migración extranjera dejó de ser importante, excepto en Venezuela, y como la tasa de crecimiento demográfico de la población urbana nativa era muy insuficiente para explicar la expansión que ha tenido lugar desde entonces, la inmigración rural constituía la única fuente disponible para ella. En realidad, se calcula que ésta ha suministrado la mitad, y en algunos casos las dos terceras partes, del aumento de la población urbana, siendo las cifras más bajas las de Cuba (26 por ciento, casi seguramente un cálculo bajo) y las más altas las de Colombia y Venezuela (65 y 70 por ciento).⁶

Los que tomaron la participación más apreciable en la política fueron, por lo tanto, los millones que habían fluido recientemente hacia las ciudades —y en particular, hacia un puñado de ciudades gigantes. En su abrumadora mayoría procedían del campo y, al menos durante un tiempo, siguieron siendo campesinos desplazados:

De modo que aunque los cambios políticos reales en las zonas rurales fueron —y en general lo han seguido siendo— menos notables que los de las ciudades, debemos comenzar con un breve análisis de los primeros.

La estructura económica del campo latinoamericano era una estructura de agricultura de exportación o de cultivos de subsistencia, a pesar de que la fantástica expansión de las ciudades a partir de la década de 1930 le había incorporado un sector, cada vez más importante, dedicado a abastecer el mercado urbano doméstico en rápido crecimiento. A grandes rasgos, podemos decir que esta estructura estaba dominada tanto por el fenómeno del paso de la tierra de una utilización de sostenimiento o de una utilización extensiva ligera a la producción para mercado, como por el fenómeno de la fuga cada vez más precipitada de una mano de obra que abandonaba la tierra. La estructura social o jurídica predominante era una estructura de grandes propiedades con la presencia, unas veces, de un campesinado desposeído, y otras veces, de un campesinado "minifundista" dependiente; o una estructura de coexistencia de grandes propiedades y comunidades aldeanas independientes, como en los casos de zonas con una población india sólidamente establecida. Las poco pobladas regiones fronterizas (principalmente en las márgenes de la cuenca amazónica), hacia las que comenzaba a filtrarse una creciente población, no daban lugar a una excepción, por cuanto en la misma medida en que no estuviesen fuera del alcance de todo tipo de administración o incluso de todo conocimiento,⁷ también ellas eran generalmente poseídas o reclamadas por algún tipo de latifundista. El paso a una economía de cosechas destinadas a la venta en efectivo (*cash-crops*) provocó inevitables tensiones en esta estructura latifundiaria, lo mismo cuando este paso tuvo lugar bajo la forma de una transformación del viejo latifundio extensivo en una *hacienda capitalista* (para usar la conveniente diferenciación de los reformistas agrarios colombianos) o *plantación*, que cuando el fomento se llevó a cabo mediante diversas formas de arrendatarios o aparceros, o mediante la sustitución de los antiguos hacendados por empresarios urbanos o extranjeros, o de acuerdo con algún otro modelo. El cambio de un renglón básico más antiguo por uno más

nuevo, o la diversificación de la producción, tuvieron efectos igualmente destructores. El sector de subsistencia fue el menos afectado por estos cambios, pero sufrió a su vez la creciente presión de una población que crecía en tierras cada vez más desgastadas cuyo tamaño no aumentaba, o a veces en tierras empequeñecidas por la voracidad de los latifundios.

La estructura política del campo latinoamericano (exceptuando al México revolucionario) era la de un poder formal o informal ejercido por familias locales de terratenientes —a veces en rivalidad con otros de su misma especie—, cada una de las cuales ocupa el ápice de una pirámide local de poder y padrinazgo y controla —o está en pugna con sus rivales por llegar a hacerlo— tanto las secciones locales de la administración gubernamental como la influencia local en el gobierno nacional. No podía haber ningún poder gubernamental en el campo —y aún muy a menudo sucede así— si éste no contaba con el consentimiento de dichos magnates y patronos. En la medida en que existían “partidos” políticos, éstos no eran más —y hasta cierto punto aún lo son— que meros rótulos ligados a las familias locales y sus clientelas, cuyos votos (si los tenían), así como su apoyo armado y su lealtad en general, eran para su patrón o señor.⁸ En lo que podía concernir a la masa campesina, no existía tal cosa como una política “nacional”, sino solamente una política local que podría o no tener rótulos nacionales ligados a las personas con poder de la localidad.

Esta estructura ha persistido en considerable medida, en parte por la persistencia de su base social, en parte por la separación de ciudad y campo que es tan característica de las regiones subdesarrolladas y que, a un tiempo, excluía a muchos hombres de campo del proceso político tal como éste es concebido en la ciudad, y hacía aparecer incomprensible, ajena o inaceptable toda política proveniente de la ciudad. Para poner un ejemplo: en Brasil (y en varios países) los analfabetos no tienen derecho al voto, lo que en una región como el nordeste brasileño representa como mínimo un 75 por ciento de la población adulta, en época tan reciente como 1950.⁹ Los partidos tradicionales no se decidían a interferir entre los *fazendeiros* (terratenientes), políticamente influyentes, y “su” gente; de modo que en la práctica nadie salvo la extrema izquierda

pedía su opinión a los campesinos —y la Constitución dejaba muy poco margen para escuchar sus respuestas. Esto no quiere decir que las masas rurales fuesen indiferentes a la política, o que pudiesen no estar preparadas, bajo determinadas circunstancias, para oponerse al *status quo* político. Sin embargo, sus movimientos tradicionales solían tomar formas incomprensibles para el político urbano— como es el caso de los movimientos mesiánicos que encontraron terreno propicio en el nordeste brasileño y en algunas partes del sur, entre 1890 y la década de 1930,¹⁰ y tanto más cuanto que a veces estos movimientos alegaban ser monárquicos. Eran políticos, desde luego, aun en el más estrecho sentido aceptado para esta palabra. El famoso profeta Padre Cícero de Juazeiro se convirtió en el jefe virtual del estado de Ceará desde 1914 hasta su muerte en 1934 y, como hombre de influencia, recibía por parte del gobierno federal la misma consideración que cualquier otra gran figura. Pero los movimientos que constituían el respaldo de este tipo de hombres y que eran capaces de proporcionarles el equivalente del padrino y la influencia, eran por sí mismos incapaces tanto de entrar en la esfera de la política oficial como de cambiar el carácter de ésta.

Aquellos movimientos de base urbana que sí trataron a veces de llegar al campesino, generalmente fracasaban o tenían solamente un éxito localizado, como los movimientos obreros y socialistas de corte europeo. El por qué de esto no está muy claro. Los anarquistas, cuya capacidad para movilizar a las masas rurales está fuera de duda en Europa, resultaron tener un éxito insignificante en sus actividades propagandísticas, excepto entre aquéllos que constituyen el equivalente de los obreros urbanos e industriales (como los mineros bolivianos). Los comunistas, carentes de verdadera fuerza en todas partes excepto Chile, Cuba y Brasil, fundaron, sin lugar a dudas, núcleos de fuerza agraria aquí y allá —como en algunas partes de Cuba, o en uno o dos lugares de Colombia—, pero siguieron constituyendo un movimiento de obreros urbanos o industriales con algunos intelectuales adheridos a ellos. Los socialistas, de poca significación excepto entre las comunidades de inmigrantes europeos, casi parecen no haber realizado esfuerzo alguno. Puede ser que la brecha cultural entre ciudad y campo

haya sido demasiado ancha, o que la izquierda no haya logrado encontrar consignas capaces de movilizar a los campesinos, o no las haya formulado de modo aceptable.¹¹ Sin lugar a dudas, fue con lentitud que la izquierda aprendió a buscar tanto el lenguaje específico accesible a los campesinos como las formas específicas de demanda que eran capaces de movilizarlos —y probablemente no lo hicieron de manera sistemática sino hasta la década de 1950.¹²

Hay, evidentemente, excepciones a esta generalización. Las revoluciones de base campesina de Bolivia (1952) y Cuba (1959) son las más obvias. La primera es menos excepción de lo que parece, porque la Revolución boliviana fue hecha, esencialmente, por una combinación de oficiales disidentes, intelectuales urbanos, y uno de los escasos movimientos obreros e industriales poderosos (el Sindicato Minero), mientras que el movimiento campesino en su conjunto surgió después de la victoria. (Hubo, sin embargo, un importante movimiento local en el valle de Cochabamba, entre un campesinado algo menos tradicional y aislado —movimiento que tenía influencia marxista y estuvo encabezado por José Rojas, un campesino del lugar que había visto algo de mundo.) El paso decisivo en la movilización ha correspondido más bien a los revolucionarios no campesinos que decidieron (correctamente) que la reforma agraria y el otorgamiento de derechos a los indios eran las condiciones indispensables para mantener un nuevo régimen.¹³ La Revolución cubana fue mucho más evidentemente una Revolución de base campesina, al menos en su fase guerrillera, aunque es muy curioso que el movimiento haya encontrado su centro no tanto en las zonas ya parcialmente movilizadas por agitaciones comunistas anteriores, sino en la Sierra Maestra, a donde fue llevado por los guerrilleros urbanos.

También pueden ser mencionados otros dos ejemplos, menos exitosos, de movilización campesina: Perú y Colombia. No hay muchas dudas de que la base de masas del APRA —especialmente en los departamentos setentrionales del Perú que constituyen su baluarte— refleja determinado éxito en la captación de estratos rurales, especialmente en aquellas zonas productoras de azúcar y algodón que han sido proletarizadas a través de la agricultura.

Pero en qué medida lo refleja es cosa que no puede decirse con seguridad alguna, ya que los pasados éxitos electorales del APRA no aclaran nada al respecto: el analfabetismo quitaba el derecho al voto al grueso de los campesinos indios de quienes el APRA se proclamaba vocero. No obstante, y aun cuando tanto la estructura como el *ethos* del APRA, en sus días de gloria, eran mucho más los de un movimiento urbano u obrero que los de un movimiento campesino, podemos atribuirle un modesto grado de movilización política campesina en su tiempo. El caso de Colombia es más interesante, porque no tienen nada de modestas las movilizaciones campesinas que entre 1948 y 1963 pueden haber lanzado al campo a un total de unos 30,000 guerrilleros y bandidos armados, casi exclusivamente campesinos; movilizaciones que costaron la vida a un número de colombianos que los cálculos más conservadores estiman en seis cifras.¹⁵ En el presente contexto es imposible hacer un análisis completo de este movimiento agrario, el más grande de todos los de América Latina aparte de la Revolución mexicana. Pero pueden ser formuladas algunas conclusiones al respecto, aunque quizá en forma algo escueta.

La *Violencia* colombiana de 1948 en adelante debe ser considerada como una revolución social de masas que, por falta de dirección y organización eficaces, degeneró en una desorientada guerra civil y en la anarquía. Involucró en grado tan excepcional al campesinado a causa de las tradiciones políticas bastante poco comunes existentes en Colombia. Durante mucho tiempo, y con relativamente pocas interrupciones, Colombia ha estado dominada por un sistema bipartito, con facciones conservadoras y liberales dentro de la oligarquía. Hay evidencias de que, a diferencia de dualismos similares en otros estados latinoamericanos del siglo XIX (como, por ejemplo, Brasil), estos "partidos" representaban algo más que simples rótulos —admitiendo que éstos conllevan ciertas implicaciones ideológicas— ligados a las grandes figuras a fin de distinguirlas de sus rivales de familia. Representaban más bien una adhesión, de raíces muy profundas, dentro del campesinado, y que generalmente era símbolo de lealtades tanto locales o regionales como feudales. Un hombre era liberal o conservador no simplemente porque su patrón votara de uno u otro modo sino porque

su vecindad era liberal o conservadora. Como corriente en América Latina, las razones históricas de este estado de cosas aún esperan ser investigadas, pero puede sospecharse que contribuyeron a que incluso las guerras civiles colombianas del pasado fuesen mucho más sangrientas de lo que podían haber sido.

En la década de 1930 el Partido Liberal, siempre vinculado teóricamente a ideologías y programas de izquierda, tendía a transformarse en un partido tipo "*New Deal*", de orientación social y democrática, y aspiraba a servir para cobijar a la vez bajo su manto a liberales tradicionales y a políticos más populares y con ideas de tipo social. Hay cierta evidencia de que los nuevos llamamientos de tipo social realizados por tribunos y demagogos liberal-revolucionarios tuvieron algún eco en el campo —donde, desde luego, el liberalismo era ya algo que los campesinos tomaban en serio e identificaban consigo mismos. La creciente atracción del liberalismo sobre los pobres amenazaba con convertir al Partido Liberal en el partido permanentemente mayoritario y destruir, de ese modo, la base de una rivalidad estable y simbiótica entre las facciones "liberal" y "conservadora" de la oligarquía.

El grande y espontáneo levantamiento liberal urbano de abril de 1948 (el "bogotazo") tuvo algunas repercusiones rurales; pero lo más importante fue que condujo a un intento sistemático por parte de los conservadores —hasta entonces desplazados en el campo por los cambiados y fortalecidos liberales— de inclinar a su favor, mediante la fuerza armada, la balanza del poder. Los choques y contrachoque entre las dos facciones produjeron movilizaciones locales de defensa propia, y también una confusa serie de sublevaciones, contraterror frente a los conservadores rurales, etc., en los que las frustraciones y tensiones largo tiempo reprimidas del campesinado hallaron expresión de modo sangriento y con un salvajismo poco común. La anarquía resultante y, en algunas zonas, el temor a una posible revolución social fueron tales que el sistema político completo se vio en peligro. Las grandes figuras de liberales y conservadores acordaron poner fin a la guerra civil, inventando en su momento la fórmula de coexistencia pacífica entre partidos bajo la que Colombia es aún gobernada —si bien con crecientes dificultades— y mediante la cual los presidentes con-

servadores y liberales se suceden unos a otros en regular sucesión. Pero ya el genio se había escapado de la botella. Todos los intentos de volver a encerrarlo que han sido hechos desde 1953 no han tenido mucho éxito en lograr ponerle el tapón.

Hablando en términos generales, podemos por lo tanto decir que, hasta el presente, el descontento y la inquietud crecientes del campesinado latinoamericano no ha encontrado una expresión a la altura de su importancia; excepto, quizá, en la incontenible avalancha de migrantes rurales que han votado con sus pies contra el *status quo*, yendo a los barrios miserables de las ciudades. No obstante, y en especial desde mediados de la década de 1950, los indicios de inquietud agraria y la movilización política agraria han estado multiplicándose, y sería útil pasarles revista brevemente. Con la posible excepción de Colombia, nada de esto ha sido organizado por los partidos tradicionales del continente (lo cual no es nada sorprendente) ni, en medida alguna, por los movimientos populistas que llegaron a ser tan característicos del continente a principios de la década de 1950.¹⁶ La dirigencia y la inspiración provienen mayormente de la izquierda marxista (comunista, socialista, maoísta, trotskista, castrista o de cualquier otro rótulo), y esto puede explicar su comparativa localización.

Cuatro tipos de campesinos han demostrado ser los más susceptibles a esta agitación. El primero —y el menos típico— está constituido por pioneros campesinos independientes que intentan evadir el avance de la economía de mercado y las usurpaciones crecientes por parte del señor y del estado, penetrando en las desconocidas y vírgenes regiones fronterizas que rodean la cuenca del Amazonas. Se sabe que existen núcleos comunistas de este tipo en el interior de Brasil (Goiás y Mato Grosso) y en las regiones amazónicas de Colombia (Meta, Caquetá). La tierra generalmente no constituye un problema para estos hombres, porque la hay en abundancia. Es la libertad lo que los lleva tierra adentro —libertad que asocian con la única ideología que les llega con el mensaje de que los campesinos son hombres con derechos. En términos numéricos, este comunismo fronterizo es insignificante. El segundo tipo, numéricamente mucho más importante, consiste en comunidades campesinas (generalmente indias)

que están pidiendo —o más bien, reclamando— sus tierras comunales desde los últimos años de la década de 1950, y que a veces llegan a hacerlo mediante la ocupación directa. Estas ocupaciones de tierras comunales son de importancia en las zonas indias de Chile, en la región andina en general y, especialmente, en Perú, donde llegaron a alcanzar grandes proporciones en todo el país en 1961-63. Aquí, nuevamente, el objetivo del campesinado es retornar, tanto como sea posible, a la agricultura de subsistencia tradicional de la comunidad, si bien el crecimiento de la población y el desgaste de las tierras tienden a hacer imposible este regreso aun después de haber sido recuperadas las tierras comunales enajenadas. Sería, sin embargo, un error considerar estos movimientos como un simple tradicionalismo que, a falta de otra, navega bajo la bandera roja. El solo hecho de una acción campesina colectiva y positiva es prueba de un autodescubrimiento político y de un deseo de cambio. Es de hecho un acto revolucionario el que los campesinos, especialmente los indios, se comporten como si términos tales como derecho, libertad y justicia se refrieran a ellos igual que a los otros hombres —aun cuando se trate de algo tan obvio como el derecho legal a determinadas parcelas enajenadas mediante argucias o por la fuerza, en épocas aún frescas a la memoria. Es más, hay evidencias de que este autodescubrimiento político es también un deseo ardiente de participar en una *modernidad* que halla expresión en el afán apasionado y universal de educación e ilustración. Casi la primera cosa que una comunidad campesina hace, cuando puede, es construir una escuela. (Esto ha sido muy evidente en Bolivia desde la revolución de 1952.)¹⁷

El tercer tipo de campesinado inquieto es más interesante aun. Lo constituyen los elementos más dinámicos, de mentalidad más moderna y de mayor orientación hacia el mercado —pudiera casi decirse que los futuros kulaks de América Latina. Los movimientos campesinos de la vertiente oriental de los Andes peruanos (que incluyen a la más militante y exitosa de las agitaciones comunistas, la de La Convención) son muy buenos ejemplos de esto. Se componen de agricultores indios que han migrado individualmente hacia territorios hasta ahora no explotados que hoy están siendo rápidamente abiertos a la agricultura comercial (café,

té, etc.). El movimiento de La Convención está basado esencialmente en la agitación de un número limitado de colonos prósperos (*arrendires*) a favor de sus derechos de tenencia contra los latifundistas, y que en el clímax de la agitación se transformó de modo natural en la demanda de expropiar a los hacendados. Estos *arrendires* son hombres que recibieron la insegura tenencia de vastos fundos a cambio de rentas en trabajo —tantos días de trabajo en las tierras del señor¹⁸—, y que ellos a su vez subcontrataron a *allegados* que son, de hecho, los que realizaban la mayor parte del servicio laboral. Resulta bastante evidente, en zonas donde esta colonización no tiene lugar en tierras que han sido ya parceladas por los latifundistas, que la misma tiende a producir una sociedad campesina estratificada y sin tendencia especial alguna hacia un radicalismo político colectivo, al menos por ahora.¹⁹ Lo que da origen a un movimiento agrario revolucionario es la rigidez opresiva de la “camisa de fuerza” latifundista a que se ven constreñidos los nuevos agricultores.

Queda una masa menos fácil de clasificar de ocupantes y arrendatarios campesinos que están en conflicto tanto con el sistema latifundario que los domina como con los azares impredecibles de una economía de mercado nueva o cambiante. No es ni posible ni necesario analizar aquí toda la complejidad de los problemas agrarios latinoamericanos, pero puede hacerse algunas observaciones generales. La primera es que el grupo desprovisto de tierras, el proletariado rural, está generalmente entre los grupos agrarios políticamente menos dinámicos o menos fácilmente organizables —a no ser, quizá, en aquellas regiones con organizaciones avanzadas de obreros de plantaciones, gracias a métodos semiurbanos de sindicalismo.²⁰ Es el campesino— y no necesariamente el campesino con tierra insuficiente— el que constituye el elemento más inmediatamente explosivo. Segunda: el minifundismo o la pobreza por sí solos no bastan para producir agitación agraria. Es generalmente la yuxtaposición de campesino y hacienda lo que produce la mezcla política inflamable (y, en especial, aquellas haciendas de funciones y estructura económicas cambiantes). De ese modo, en Colombia, el Departamento de Boyacá —donde predominan las tenencias pequeñas y medianas— se ha mantenido políticamente

conservador, mientras que el Departamento de Valle del Cauca —donde coexisten propiedades grandes y pequeñas— ha sido notablemente más rebelde.

*Tenencia de la tierra en Boyacá y
Valle del Cauca
(porcientos)*

<i>Tamaño de la tenencia</i>	<i>Boyacá</i>		<i>Valle del Cauca</i>	
	<i>Ocupantes</i>	<i>Area</i>	<i>Ocupantes</i>	<i>Area</i>
0.5 ha.	74.4	17.2	51.3	3.7
5-100 ha.	25.2	51.7	43.4	37.2
Más de 100 ha.	0.5	31.3	5.3	59.7

Tercera: es la participación creciente en una economía monetaria y de mercado, cualquiera que sea su forma, la que produce tensiones específicas que no están presentes ni en la economía tradicional de subsistencia ni en las economías de mercado establecidas de viejo e incambiantes.²¹

Todo esto proporciona una amplia base para el despertar político del campo latinoamericano —e incluso para revolucionarlo—, y la experiencia mexicana demuestra que el mero hecho de haber realizado una reforma agraria no constituye un obstáculo para ello, siempre que el proceso de desarrollo económico en el campo continúe.²² Este despertar es demorado por el atraso cultural y político del campo con respecto a la ciudad, por su inaccesibilidad, y por la habitual incapacidad de los campesinos para tomar iniciativas que no sean locales ni tradicionales sin tener una dirigencia externa. Posiblemente, en zonas de emigración en masa, la reducción de la presión económica y la pérdida de los más dinámicos cuadros campesinos también puedan estar manteniendo la temperatura social por debajo del punto de ebullición. Pero, por otra parte, la creciente absorción de las zonas rurales por la política nacional tiende a obrar en sentido contrario.

III

Cualquiera que sea el efecto de la emigración rural en el campo, es prácticamente nada en comparación con su efecto en las ciudades, que han sido inundadas —e incluso ahogadas— por una afluencia de campesinos que no tiene verdadero paralelo en la historia demográfica del mundo. Las cifras son extraordinarias:

*Crecimiento de la población en algunas
ciudades latinoamericanas*

	1940	1960
Salvador-Bahía	348,000	656,000
Recife	290,000	798,000
Sao Paulo	1,776,000	4,000,000
Lima	520,000	1,700,000
Santo Domingo	70,000*	350,000
Ciudad México	1,448,000	4,500,000

* 1935

La tasa de crecimiento es, en consecuencia, sin precedentes —llegando al 9% al año (Cali, Colombia)— al igual que lo es la tasa general de urbanización. Alrededor de 1960 Argentina, Chile, Uruguay, Cuba y Venezuela tenían ya una mayoría urbana, y posiblemente México también. De acuerdo con las tendencias actuales, en 1970 se les habrán unido Colombia, Perú e incluso Brasil.

Inevitablemente, esta afluencia tenía que destruir la vieja estructura social y política de las ciudades. En lo concerniente a las masas de pobres urbanos, éstos siempre habían participado, en determinada medida, de la vida política de las ciudades y repúblicas. Al menos, la larga vida autónoma de la ciudad —que bien podría ser un enclave blanco o mestizo en un campo de color—

había permitido el establecimiento de determinados patrones permanentes. Los políticos buscaban el apoyo de los ciudadanos. La gente común podía vivir en su acostumbrada simbiosis de sedicioso parasitismo con las grandes figuras urbanas; los movimientos obreros podían desarrollarse y florecer sobre la base ya de un proletariado esencialmente inmigrante y europeo (como en Buenos Aires y Sao Paulo), ya de una fuerza obrera tradicionalmente metropolitana (como en La Habana).

El proceso de dilución y cambio estructural puede ilustrarse con el ejemplo de Sao Paulo. Las dos tablas siguientes se explican por sí solas:

*Lugar de nacimiento de los obreros metalúrgicos
y de la construcción de Sao Paulo ingresados en
sus industrias en 1936-1960*

<i>Fecha de ingreso</i>	<i>Porcentaje nacido en</i>					
	<i>el extranjero</i>		<i>la ciudad</i>		<i>otras partes de Brasil</i>	
	<i>metal. constr.</i>		<i>metal. constr.</i>		<i>metal. constr.</i>	
1936-40	60	45	12	10	24	45
1941-45	29	25	23	12	45	63
1946-50	22	21	28	10	47	70
1951-55	14	11	37	9	48	80
1956-60	11	8	31	9	58	82

Fuente: Azis Simao, "Industrializacao e sindicalizacao no Brasil", *Rev. bras. de estud. polit.*, enero 13 de 1962, ps. 87 y sig. Basado en muestras de 68,000 y 32,000 obreros, respectivamente. El lugar de origen no siempre pudo ser determinado.

Grados de calificación de los obreros de una fábrica de Sao Paulo, por lugar de nacimiento, 1960

(porcentaje de obreros con grados)

Lugar de nacimiento	No calificados, semicalificados	Calificados, supervisión	Técnicos	Ventas	Administración
Bahía y NE	96.5	1.2	0	1.2	1.2
Resto de Brasil	84.3	5.8	0.5	1.6	7.9
Ciudad	47.9	14.6	0	8.3	29.2
Extranjero	52.1	26.1	16.8	1.7	3.4

Fuente: Glaucio Ary Dillon Soares, "Desenvolvimento economico e radicalismo político", *Bol. centro latinoamericano de pesquisas em ciencias sociais*, mayo de 1961, ps. 117 y sig.

Estas tablas pueden ser resumidas como sigue: Los obreros nacidos en el extranjero, en mayoría hasta la segunda guerra mundial, bajaron hasta aproximadamente un 10% de la fuerza obrera en un período de 25 años. Su lugar fue ocupado en parte por los nacidos en la ciudad (mayormente sus propios hijos), pero principalmente por inmigrantes internos, y en especial en las ocupaciones menos calificadas. El nacido en el extranjero retuvo su dominio sobre los trabajos calificados y técnicos, el nacido en la ciudad avanzó rápidamente a trabajos de cuello y corbata, y los inmigrantes internos se mantuvieron en su mayoría como no calificados y semicalificados. Resultará evidente que esta afluencia debía no solamente reventar los moldes de todo movimiento obrero ya existente, sino también destruir mucho de la unidad de antecedentes y de estilo del proletariado más antiguo y más reducido. Y así es en

realidad. En Sao Paulo, igual que en Buenos Aires, los sindicatos más viejos quedaron hundidos bajo el peso de nuevos organismos auspiciados por el gobierno y a veces controlados por éste, mientras que el socialismo, el anarquismo o el comunismo tradicionales del antiguo proletariado se retrajeron a los niveles de mayor calificación²³ o a las zonas marginales de la industria.

Puede ser —pero no hay ningún estudio sobre este difícil tema— que el propio proceso de dilución o despolitización haya afectado también las actividades no organizadas de los trabajadores pobres, tales como los motines. En todo caso, es notable cuán pocos motines —incluso motines por alimentos— ha habido en las grandes ciudades latinoamericanas durante un período en que se multiplicaba su masa de habitantes empobrecidos y económicamente marginales, y la inflación a veces era controlada y a veces no. De ese modo, el último gran motín de pobres desamparados (los motines iniciados por los estudiantes son otro asunto) tuvo lugar en 1948, y desde entonces la población de la ciudad —y puede decirse también que el volumen de miseria que contiene— se ha elevado de menos de 650,000 (1951) a más de un millón de habitantes (1964).²⁴ O más bien: hay inquietud y violencia. Lo que falta, a menos que la dirección provenga de los estudiantes, de viejos núcleos de dirigentes de izquierda (como en Niterói, frente a Río de Janeiro) o de gobiernos de arriba, es la “turba” citadina de estilo antiguo que conoce por experiencia cuáles son los puntos estratégica y políticamente vitales de la ciudad, dónde el motín puede tener su mayor efectividad.

Está casi de más añadir que la afluencia rural afecta también (y muy directamente) el patrón de los partidos políticos y las votaciones. Puede argüirse que los líderes y partidos populistas característicos de las décadas de 1940 y 1950, cualquiera que haya sido su apelación al interés nacional y rural, representaban principalmente movimientos basados en los pobres urbanos y, por lo tanto, basados de modo creciente en los nuevos inmigrantes internos. Esto está particularmente claro en el caso de Argentina, donde Perón se hizo deliberadamente vocero de los inmigrantes criollos del norte del país —los *cabeceitas negras*— contra los europeos y urbanizados nativos de Buenos Aires.

Las actitudes políticas de los inmigrantes son dictadas de modo natural por su pobreza, la inseguridad, las espantosas condiciones de vida y el odio de los ricos hacia un proletariado y un subproletariado gigantescos y en constante expansión. Y esta es, sin embargo, una población sin compromisos previos —ni siquiera compromisos potenciales— con ninguna versión de política urbana y nacional, y mucho menos con ninguna creencia que pudiera constituir la base de dicha política. A diferencia de la mayoría de los migrantes trasatlánticos del siglo XIX, les falta incluso un nacionalismo potencial, debido a que no son extranjeros. A diferencia de los migrantes de Europa oriental y meridional de principios del siglo XX, les falta una tradición nativa de movimientos socialistas, anarquistas u obreros que pudiera mantenerlos unidos en tierra extraña. Lo que sí poseen, los hábitos y reacciones de parentesco rural y de vida comunal, sin duda los ayuda a sentirse un poco más cómodos en la gran ciudad —estableciéndose en grupos de la misma aldea o provincia, transfiriendo la ayuda mutua campesina a la construcción de chozas y modestas casas, y de otras maneras— pero no llega, por así decirlo, a elevarse socialmente lo suficiente para constituir una guía política. Solamente entienden de liderazgo personal y de padrino. Y es esto lo único que proporciona un vínculo entre los mundos políticos de tierra adentro y de la ciudad. Nunca tocados por ninguna otra tradición —como las tradiciones anticaudillistas del liberalismo o del socialismo— los nuevos inmigrantes buscan de modo natural al campeón poderoso, al salvador, al padre de su pueblo.

Los políticos que han logrado ganarse el apoyo de las masas urbanas —provistos o no de partidos o movimientos— presentan una amplia diversidad respecto a sus personalidades o actitudes políticas. Pueden haber sido oligarcas a la antigua o generales, que se ganaron una reputación ayudando a la gente con su padrino pródigo, o facilitando trabajo, o un tipo adecuado de edificación, o que simplemente tuvieron la suerte de coincidir con un período de prosperidad excepcional. En Lima, el General Odría (los objetivos de cuyo movimiento odrista hallan expresión adecuada en el nombre del propio movimiento) ha logrado su mayor volumen

de apoyo en las *barriadas* (barrios miserables), frente a la competencia del APRA, de Acción Popular y de los diversos marxistas.²⁶ Vargas y Perón eran oficiales políticos a la antigua o jefes oligárquicos que se cambiaron a un programa deliberadamente populista. En Cuba, Batista (cuyo populismo inicial tiende a ser olvidado a causa de su ulterior tiranía) fue un fenómeno algo más extraño, un verdadero hombre de pueblo —sargento, no oficial. Todos ellos, sin embargo, fueron líderes que se autoestablecieron mediante su acción como gobernantes, pasados o presentes; o sea, mediante la actuación práctica, y no mediante promesas. Esto es igualmente válido con respecto a figuras paternas revolucionarias como Paz Estenssoro en Bolivia, o como la aun más grande figura de Cárdenas en México, cuyas reputaciones estaban basadas en sus realizaciones concretas. Evidentemente, gobernar es —con mucho— el modo más fácil de llegar a ser un líder populista en América Latina.

Los casos de líderes que se hayan abierto por primera vez el camino desde la oposición hasta el poder con el apoyo de las masas urbanas son mucho más escasos, y no sólo por la comparativa escasez de gobiernos que hayan llegado al poder mediante los votos de las masas o mediante la insurrección de éstas. Jorge Eliécer Gaitán, de Colombia, es el ejemplo más claro, aunque en realidad su paso crucial hacia un poder que hubiera sido suyo si no muere asesinado radicaba en la toma de la dirección del Partido Liberal, lo que llevaba implícita la Presidencia. Es bastante más fácil hacer esto con un grupo fuerte pero reducido de seguidores, que tomar directamente el gobierno nacional.²⁷ El ascenso de Janio Quadros en Brasil parece ser un caso más claro todavía, ya que Quadros no le debía nada a ninguna maquinaria preexistente; pero como ascendió no sólo como campeón de los pobres, sino también (al menos en Sao Paulo) como abanderado de un “gobierno limpio” en interés de las clases ricas y medias, no era precisamente, en política, el “niño descalzo” que parecía ser. No fue sino hasta su intentado regreso en 1962 que llegó a tener una votación predominantemente proletaria y pobre.²⁸ Igualmente rara es la forma políticamente más madura de populismo, es decir, la combinación de un líder y un movimiento u organiza-

ción fuerte y permanente antecediendo, también, a la llegada al poder. Puede encontrarse ejemplos —con diversos grados de falta de éxito— en los tipos apristas de partido, en el Frente de Acción Popular (FRAP) de Chile y, quizá, en los nuevos partidos democratacristianos. Pero no —y ello es bastante curioso— en los partidos comunistas, cuya relativa falta de éxito bien puede deberse en parte a su renuencia sistemática a aceptar este modelo de política popular. A través de toda América Latina, sus líderes han sido generalmente funcionarios o intelectuales; y el único ejemplo evidente de lo contrario, Luis Carlos Prestes, confirma de modo convincente la regla. Pues este dotado hombre —que llegó espontáneamente a desempeñar el papel de campeón popular revolucionario latinoamericano a través de su carrera de oficial insurreccional y de las aventuras míticas de la “Columna de Prestes” que atravesó el *hinterland* en los años veinte— hizo todo lo que pudo, tan pronto como de verdad se hizo comunista, por ajustarse al esteotipo de secretario de partido que estaba establecido entonces por la Internacional Comunista. A pesar de ello, conservó un fuerte carisma para el área limitada del movimiento de la clase obrera.

Podemos por lo tanto llegar, en general, a la conclusión de que la experiencia del populismo refleja la relativa pasividad y falta de iniciativa de las masas urbanas, mucho más fácilmente movilizables desde arriba por un poder ya existente y con el cual simpatizan, que capaces de llevar a la cumbre a un hombre o a un movimiento. El único caso evidente de lo contrario es el de Colombia, donde el asesinato de Gaitán fue seguido de una sublevación formidable y totalmente espontánea de los pobres de Bogotá. Pero la situación que se había desarrollado en Colombia entre 1934 y 1948 era tan obviamente una situación de revolución social —y no meramente urbana— en potencia, de una revolución desde abajo, que difícilmente puedan ser aplicables a ella los criterios habituales. La inmadurez de las masas también se refleja con claridad en la inestabilidad de los “movimientos” que crecieron en torno a muchos de los líderes populistas, cuya relación esencial con sus seguidores era la del orador que se para frente al pueblo en una plaza. El gaitianismo murió con Gaitán; los éxitos de Janio Quadros,

incluso en su período de campeón del hombre pobre, debían poco a la memoria de aquel Padre de los Pobres, Getulio Vargas, que le precedió. Y aun el sector socialista del FRAP chileno mostraba una buena dosis de inestabilidad electoral.²⁹ También se conoce ejemplos de movimientos populistas sólidos y permanentes: el APRA es uno de ellos. Pero el ejemplo más notable de un movimiento populista que haya sobrevivido a la desaparición de su líder lo constituye el peronismo; y ello, porque se transformó a sí mismo en un movimiento obrero típico organizado por los sindicatos (auspiciados por Perón) y basado en ellos. El desarrollo industrial que podría proporcionar la base para tal transformación es, sin embargo, raro en América Latina.

Hay otro factor que disminuye la explosividad de la inmigración rural en la ciudad: la evidente superioridad de la vida de ciudad sobre la del campo, incluso en la más purulenta *favela* o *barriada*. Esto no es meramente una cuestión de datos estadísticos: en ningún lugar es tan ancha la brecha entre el ingreso medio y el consumo de los habitantes de la ciudad y los del campo, como en América Latina: los ingresos medios en Caracas, por ejemplo, son diez veces más altos que en las áreas rurales, y esta no es una cifra excepcional.³⁰ Ni es esta una ventaja exclusiva de los obreros industriales o con empleo fijo —obrerros en el sentido estricto de la palabra— que tienden a constituir entre los pobres una aristocracia que no deja de tener su peso en las actitudes políticas de sus movimientos obreros, tanto socialistas como de otro tipo. Ello afecta al grueso de los que han migrado. De los que han inmigrado a Buenos Aires, una quinta parte manifiesta haber lamentado a veces su decisión de migrar, pero dos terceras partes están satisfechos con ella.³¹

Esto no se debe a ninguna preferencia por la ciudad con respecto al campo: la proporción de inmigrantes que consideraron estar “mejor en Buenos Aires” fue muy pequeña, y en Santiago el 62% de una muestra consideraba “malo” que la gente joven migrase a la ciudad.³² Pero si la ciudad es mala para vivir en ella, el campo es infinitamente peor. A pesar de ello, la pobreza, el hacinamiento, la inseguridad, la desorganización social y otras dificultades de la vida de ciudad son tales, que las grandes masas surgien-

tes que continúan fluyendo hacia las ciudades no pueden menos que seguir siendo una fuerza potencialmente explosiva. Se necesita bastante poco para hundir a hombres y mujeres cuyo destino normal es, en el mejor de los casos, el de mantener la nariz por sobre la superficie del agua. Los gobiernos que operan desde los palacios presidenciales en el centro de estos crecientes círculos de miseria y odio, no los contemplan con ninguna sensación de comodidad. Ha habido pocas insurrecciones masivas últimamente, pero los sucesos de la ciudad de Santo Domingo en mayo de 1965 demuestran que las masas urbanas puede que no hayan perdido nada de su poder potencial.

Podemos ahora resumir este análisis del impacto de las masas rurales y ex rurales en la política latinoamericana. A primera vista, este impacto ha sido comparativamente ligero, aunque en las ciudades ha producido un nuevo electorado y una nueva clientela para líderes y movimientos políticos —a menudo de tipo populista— que ha transformado el tinglado político oficial en muchas de las repúblicas. Uno puede incluso aventurarse a insinuar que, si bien en las etapas iniciales de los cambios sociales posteriores a 1930 —digamos, de 1930 a 1950— puede haber producido una radicalización de la política latinoamericana que se ha reflejado en diversas revoluciones y cambios de regímenes, tanto exitosos como abortivos,³³ en las últimas etapas bien puede haber conducido a una aparente disminución de la temperatura social. Esta disminución es sólo aparente. El potencial explosivo del campo puede estar disminuyendo a causa de su rápido despoblamiento relativo, pero no sus posibilidades como base para la acción guerrillera. El potencial explosivo de las ciudades estaría disminuyendo sólo si la industrialización de las repúblicas fuese capaz de suministrar empleo en proporción al movimiento migratorio, o si se pudiese disponer de otras alternativas de empleo. Hasta ahora, no estamos en ninguno de los dos casos.

Los países de América Latina son, socialmente hablando, una pirámide de base ancha que se ahúsa rápidamente y que es excepcionalmente pobre en su base, excepcionalmente rica en su cúspide, y no gran cosa en el centro. La mitad de la población (haciendo un promedio hipotético) gana unos \$120 al año (o el 16% de los

ingresos personales antes del pago de impuestos), el 45% gana \$400 al año (o el 51%), y el 5% gana \$2 400 al año (o el 33%).³⁴ Es poco probable que esta situación pueda cimentar sistemas sociales y políticos estables. Es más que probable que la comparativa calma en la política de masas de América Latina —calma que incluso la Revolución cubana pudo perturbar poco— demuestre ser temporal. Cuando haya terminado, el observador puede abrigar la ferviente esperanza de que habrá algún tipo de solución, y no una de esas recaídas en la anarquía que en modo alguno resultan desconocidas a la historia de América Latina, y de las cuales Colombia, desde 1948, ofrece un ejemplo tan trágico.

NOTAS

Producción de azúcar en las provincias cubanas (000 toneladas)

	1906	1924
Pinar del Río	25	134
La Habana	164	336
Matanzas	344	500
Santa Clara	480	893
Camagüey	38	1 187
Oriente	178	1 067

Fuente: *Ibero-Amerikanisches Archiv*, 2 (1927-28), p. 210.

² Los censos latinoamericanos del siglo XIX se deben en mucho a una labor de adivinación, e incluso los del siglo XX tienen alguna mezcla de imaginación.

³ S. Bagú, "Evolución histórica de la estratificación social en Argentina", *Seminario Interdisciplinario sobre el desarrollo económico y social de la Argentina* (Buenos Aires, 1961, copia mecanografiada de la Fac. de Sociología, Univ. de B. Aires). Sin embargo, hay casos de urbanización provincial que se deben enteramente a la inmigración local, como por ejemplo, Tucumán.

⁴ El hecho de que los hombres que los controlaban fuesen a veces recién llegados, no hacía cambiar en mucho a los sistemas. Así, en el Valle de Chancay (Perú) casi tres cuartas partes de las haciendas cambiaron de dueño entre 1901 y 1926, pero las haciendas seguían siendo las mismas que habían existido desde el siglo XVIII o antes. Cf. José Matos Mar, "Las haciendas en el Valle de Chancay", en *Problemes agraires de l'Amérique latine* (París, Centre National de la Recherche Scientifique; de próxima publicación).

⁵ Las regiones andinas, en las que coexistían fundos y comunidades de manera similar, demoraron mucho más en entrar en la economía de mercado mundial, salvo a través de los relativamente especializados productos de la minería.

⁶ Hauser, ps. 108-10. Esta fuente ofrece cálculos sobre diez países solamente, y omite a Argentina, Chile y Perú entre los principales estados.

Así, el censo peruano de 1940 da a una tercera parte de la provincia de La Convención (Cuzco) como "estimado de colonizadores en la selva, fuera del alcance de los enumeradores". En realidad, esto es casi seguramente una exageración.

Podemos, en aras de la simplificación, no tomar en cuenta las excepciones a esta generalización, que ya había comenzado a desarrollarse en la década de 1950, especialmente en el extremo sur del continente, pero también en Colombia —donde el "conservatismo" y el "liberalismo" tenían raíces genuinas aunque muy "poco modernas"—; en el Perú —donde el APRA había empezado a obtener apoyo independiente por parte de la masa—, y en otros lugares.

El censo de 1950 da un 74% como el analfabetismo de toda la población mayor de 5 años, o sea, que incluye a la población joven, presumiblemente menos analfabeta, de edad escolar. De cualquier modo, la definición de alfabetizado dista de ser rigurosa.

Para un análisis y bibliografía al respecto, cf. María Isaura Pereira de Queiroz, "Messiahs in Brazil", *Past & Present*, julio de 1965.

De ese modo, un militante comunista chileno (que era campesino él mismo) me dijo que la consigna general de reforma agraria no es habitualmente muy efectiva, mientras que los campesinos pueden ser fácilmente movidos cuando se trata de demandar sus tierras específicas y, especialmente, cuando sienten que tienen un "derecho" legal o prescriptivo a ellas.

Que sao as Ligas Camponesas (Rio, 1962), de F. Juliaó, contiene un agudo análisis del problema.

Estaban en lo cierto. Después de 1952, Bolivia —que anteriormente contaba sus golpes militares por centenares— logró una docena de años de una estabilidad política sin precedentes, antes de que el régimen fuese derrocado en noviembre de 1964.

Todavía no existe un estudio satisfactorio de la base social y la clientela política del APRA. Cf. H. Kantor, *The Ideology and Program of the Peruvian Aprista Movement* (Berkeley, 1953).

La Violencia en Colombia (Bogotá, 1962-64), de G. Guzmán y otros, contiene gran cantidad de materiales valiosos. Para un breve análisis en idioma inglés, ver E. J. Hobsbawm, "Anatomy of Violence", *New Society*, 1963, y "The Revolutionary Situation in Colombia", *World Today*, junio de 1963.

La participación del APRA en la muy difundida inquietud campesina de 1961-63 fue pequeña y estuvo confinada a sus predios tradicionales del norte.

Un organizador campesino comunista lo plantea así: "Hay tres cosas que uno tiene que hacer para llegar a alguna parte con los campesinos. La primera es que uno tiene que vivir exacta-

mente igual que ellos. Si no puede tolerar la comida, no puede organizarlos. Segundo, hay que hablarles no meramente de la tierra, sino de esta tierra, que les perteneció en tiempos de sus abuelos, pero que les fue arrebatada por la Hacienda X. Tercero, hay que estar enseñándoles algo constantemente. Como yo no soy intelectual, les enseño fútbol. Pero algo tienen que estar aprendiendo; ellos insisten en eso."

" En relación con La Convención, ver Hugo Neira, **Cuzco, Tierra y Muerte** (Lima, 1964) y Hobsbawm, "Problemes agraires a La Convención" (a publicar en **Problemes agraires de l'Amérique latine**).

" Cf. H. Martínez, **Las migraciones altiplánicas y la colonización del Tambopata** (Lima, Ministerio de Trabajo y Asuntos Indígenas, 1961, mimeografiado).

" Cf. Juliao, ps. 50 y siguientes.

" "La introducción de una economía monetaria en el campo produce la comercialización de la propiedad. Cuando el dinero se convierte en el medio de cambio, esto trae como resultado la aparición del crédito. A causa de los endeudamientos, el proceso de venta se acelera: una sequía común o una cosecha pobre significan que la tierra pasa a manos de los acreedores y prestamistas" (R. Stevenson y otros, **La planificación agraria** (Bogotá, 1960), ps. 53-54).

" Thomas F. Carroll, "Land Reform as an Explosive Force in Latin America", en J. J. TePaske y S. N. Fisher, editores, **Explosive Forces in Latin America** (Ohio State UP, 1964), p. 118.

" El típico votante comunista en Sao Paulo en las últimas elecciones libres (1947) era varón, de 18-40 años, obrero calificado, nacido en la capital o residente en ella desde antes de la guerra, mayormente en el área industrial más antigua (Simao, "O voto operario em Sao Paulo", **Rev. bras. de estud. pont.**, (diciembre de 1956, p. 139).

" Banco de la República, Bogotá, Colombia, **a Guide for the Investor** (1964).

" Suele argüirse en América Latina que los nuevos inmigrantes transferían el tipo de lealtad que habían tenido para con sus superiores feudales a cualquier persona de poder e influencia que pudiera darles beneficios a cambio de su apoyo. Esto es un considerable exceso de simplificación, aunque contiene algo de verdad. Hay razones más profundas, tanto en la tradición rural de la política como en la situación social de las masas urbanas, para una tendencia natural al caudillismo. Incluso en Europa, éste surgía claramente en los movimientos obreros iniciales con la transformación de ciertos individuos en héroes y líderes carismáticos; y ello, a pesar de un deliberado desestímulo hacia dicha

tendencia por parte de los primeros partidos socialistas y a pesar de las extremadamente pobres dotes naturales de algunos de los líderes con carisma.

" Sobre la política de las **barriadas**, ver F. Bourricaud, "La place de Lima dans la vie péruvienne", en **Les problèmes des capitales en Amérique latine** (Paris, CNRS, 1965), ps. 138-58.

" Gaitán, de origen liberal, formó su propia Unión de Izquierda Revolucionaria Nacional en la década de 1930, pero tuvo suficiente buen juicio para reintegrarse al trabajo dentro de su viejo partido, demostrando en 1946 que podía hacer perder al partido cualquier elección presidencial si hacía retener su gran votación personal.

" Dillon Soares (**Bol. centro latinoamericano, etc.**, mayo de 1961) da una evidencia concluyente acerca de esta mayor atracción de Janio Quadros para aquellos que se identifican con las clases alta y media. Debe añadirse que (en Sao Paulo) su principal rival, Adhemar de Barros, aunque de "buena" familia, es apasionadamente rechazado por el **Establishment** local, aunque sólo sea debido a la corrupción —en efecto, sensacional— de sus gobiernos.

" El centro del movimiento obrero chileno pasó al Partido Comunista en 1922. Ha seguido siendo un típico partido de la clase obrera, no excepcionalmente fuerte en la capital. El apoyo al Partido Socialista, que reapareció en la década de 1930 —por lo general en alianza con los comunistas, pero como su asociado más dinámico y a menudo más radical— ha oscilado fuertemente desde entonces.

" ECLA (CEPAL), **The Economic Development of Latin America in the Post-War Period** (1964), p. 55.

" Gino Germani, en Hauser, p. 228. Este volumen contiene otros materiales sobre el tema.

" A. Girard y R. Samuel, **Situación y perspectivas de Chile en Septiembre 1957** (Santiago de Chile, 1958), ps. 18 y sig.

" La Revolución cubana de 1933, el renacimiento de la Revolución mexicana en la década de 1930, la Revolución boliviana (cuyas raíces se remontan a un período muy anterior a 1952), el notable avance de Colombia hacia la combustión espontánea, el auge de Acción Democrática en Venezuela, de Getulio Vargas en Brasil y de Perón en Argentina, son algunos ejemplos; como lo son la "república socialista" chilena de 1932 y el gobierno de Frente Popular en 1938.

" ECLA (CEPAL), **Economic Development of Latin America**, página 53.

